JOSEFINA L. A. DE BLIXEN

CONTRALUZ

MONTEVIDEO
1948

JOSEFINA L. A. DE BLIXEN

CONTRALUZ

MONTEVIDEO
1948



CONTRALUZ

FUGA

No veo mi cara ni ninguna cara; sólo mi ventana almidonada de volados blancos, y, afuera, altos árboles y altos pastos y el camino que se perdía en seguida, y que se recuperaba apenas, inmóvil y herméticamente lejos. Y, junto a aquella ventana estaba yo, quieta, como un recuerdo en un guardapelo. Nunca corrí tras los pájaros ni entré en las rondas, ni arranqué flores, ni conseguí escaparme hasta la lluvia ni esconderme detrás de la casa, como el sol. Y no conocía sino la noche de los postigos cerrados. Un sapo, guardián invisible, cuidaba al pie de la escalera para que no bajase, y era su prisionera.

—María de los Angeles, ¿duermes?... Pero sólo pasaban sombras por la veladora, pasaban por mi frente. Y en sueños oía la voz de mi madre, mientras en mi oído se iba durmiendo su canción. Sin embargo, mi padre me alzó en brazos, de pronto, y, envuelta en mantas, como en un rapto, me sacó a la noche clara.

El había atravesado con su espada al enorme sapo y ya podía escaparme. Por eso sentí el aire

golpeándome la cara y la luna sorprendió mis ojos, por primera vez. Pero piafaban los caballos, y el coche, acelerando, corría por el camino blanco, entre campos de grillos, en la dormida soledad que hacía retumbar los cascos y las ruedas y otros cascos más. No era un sueño ya. Mi madre decía en voz queda: —¡Se acercan! Y los chasquidos del látigo, infatigables, hacían volar los caballos. Porque, como dos cuervos bajo la luna blanca, dos jinetes negros iban persiguiéndonos en dos caballos negros. Corrían sin alcanzarnos. Como en un juego, corrieron toda la noche sin alcanzarnos. Iban atrás y se alejaban. Se perdían en las vueltas del camino, y aparecían al galope, cerca, a cada momento otra vez. Me parecía maravilloso. Pero ya casi no los oía cuando el camino se estrechó entre paredes con faroles amarillos y celosías cerradas, y los saltos de las ruedas en los empedrados acabaron por deshacer todo.

—María de los Angeles, ¿duermes todavía?, oí decir claramente a mi madre, mientras descorría las rojas cortinas gastadas, que me hacían mal. Y un señor, que hablaba como si no hablara, apretaba seriamente mi muñeca.

Era en una mañana de fiebre y de sueño, y de cosas desconocidas y sin sentido. Pero fueron muchos días iguales. Vivía entre secretos, entre cosas indescifrables, sin poder imaginarme una revolución, sin concebirla, sin comprenderla. Del momento histórico no había llegado hasta mí sino la noche inquietante, divina de miedos, y aquella

huída por el camino interminable, bajo la luna que me fascinaba, y las dos sombras, como dos cuervos; los caballos con alas, y, en los campos inmóviles, a los lados del coche, los árboles, corriendo como gigantes despavoridos.

VERONICA

No debía acordarme de Verónica y asimismo se recorta nítida en los lejanos días de humo. Me llevaba en brazos, paseándome ostensiblemente como en litera, a la hora en que la plaza parecía cortarse entre un triángulo de sombra y un triángulo de luz. Decían que había sido pastora, en Córcega, antes de venir, traída por el ciclón de un entusiasmo. Tenía los ojos dulces y oscuros y los rasgos finos, y rodeaba su rostro —según todos, bellísimo— con largos, graciosos tirabuzones. Además, su voz era amable a la hora del paseo, cuando caminaba con paso rítmico de pavo real. Y mi madre debía estar conforme, ya que, teniendo que ser mi marco, se dejaba vestir de una manera lujosa y llamativa. No puedo imaginarla sino con su vestido color musgo, de capa hasta el suelo, y con la cofia de armadas cintas celestes, de la que dos puntas caían por la espalda —como en las estampas victorianas— y que sujetaba con alfileres dorados, llenos de diminutos dijes, que sonaban como campanitas.

Acaso su teatralidad, acaso su belleza, hacía que la gente se detuviera a nuestro paso. Pero, yo debía ser un bello pretexto, porque los señores con flor en el ojal y bastón en la mano, se acercaban para acariciar mi cara, diciendo que era preciosa. Es cierto también, que yo hacía juego con ella, con mi vestido de cintas, como su cofia y mi capota de plumas celestes. Por eso, sin duda, las señoras más emperifolladas enviaban a mi madre zalameros mensajes. Y las dos razones contribuían a que pudiéramos quedarnos en la plaza, hasta que la sombra caía como una campanada.

Pero no fué siempre así. Una vez, sin saber cómo, nos quedamos del lado del sol, lejos de todos. Verónica dijo que yo pesaba demasiado, y cansada, me dejó bruscamente en el suelo, a la altura de los zapatos de los paseantes. No pude comprender. Había sido bajada de mi pedestal y, era humillante. Pero ella, sin preocuparse, como si yo no estuviera, hablaba con un hombre endomingado, vestido de negro. Aun me acuerdo que no quería mirarla, y que lloré todo el tiempo con las manos puestas en los ojos.

Después, no fuí más a la plaza. Tomábamos por Florida hacia el mar. Pero el mar estaba demasiado lejos. Ella me lo mostraba estirando el brazo y diciéndome: —Vamos a ir más tarde, para que veas la luna. Y hablándome, mientras yo creía y esperaba, llegábamos siempre a la puerta de su casa, y teníamos que entrar.

Era horrible el corredor sucio, lleno de gente

sucia, y su cuarto, en el fondo, con una claraboya en el techo, como un patio. Todo esto hacía que yo empezara a llorar, sobre todo, acordándome que íbamos a encontrar, paseándose con enojo, al hombre de la plaza. Me daba miedo. Cada día le tenía más miedo. Esto empeoraba mi situación, y discutían por mi culpa, posiblemente, porque no sabían qué hacer conmigo. Y ya furioso, un día me sacó al corredor, y me dejó allí sola entre la gente. Pero Venónica fué a buscarme y me hizo jugar con las manijas del lavatorio.

Desde ese momento quedó resuelto que jugara con las manijas. Era un entretenimiento aburrido. Pero, al salir, parecía que de nuevo todo era como antes.

—María de los Angeles, ya sabes que no tienes que decir donde estuvimos, repetía Verónica cada tarde. Nunca digas nada. Si no, me iré para siempre y me llevaré la luna.

Ella me había dado la luna que yo había visto como un espejo, sobre los techos, y la había guardado en el fondo de mi taza de té. Por eso sabía que yo jugaría con las odiosas manijas.

Mi madre no podía sospechar nada. Cada tarde me ponía mis pequeños pendientes de perlas y la gran capota de plumas, igual que antes para ir a la plaza. Y Verónica, nerviosa, como si fuera tarde, me sacaba de prisa, diciendo que pronto se iba a poner el sol.

Pienso que debió pasar algo insólito. Tal vez

las criadas nos espiaron. Porque Verónica, sin otra culpa, cayó en desgracia.

Aquella tarde mi madre me sentó en su falda y, acariciándome me hablaba.

Yo tenía dos años y era difícil no contestar.

—¿Ya no vas a la plaza?... ¿Ya nunca vas a la plaza?... ¿Por qué no me contestas?... Verónica no va a saber nada... Tienes que decir la verdad. ¿Está siempre sola contigo?...

¿No comprendía mi madre, que era un secreto? Tal vez, por eso insistía. Y también, por eso yo callaba. Y seguí callando cuando entraron las criadas, acusadoras, y, atropelladamente me hablaban a un tiempo. Debieron hablarme como si yo fuera culpable, y, sin embargo, no la denunciaba.

Fué llamado mi padre. Y él también me habló como si se tratara de algo grave. Repitió la pregunta, esperó y volvió a hacérmela.

—¡Contesta! dijo al fin impaciente. Yo no lo miraba.

—Es que va a llevarse la luna, respondí apenas y entrecortadamente, sin poder explicarme.

Debí parecer estúpida.

—¡No insistan! iba diciendo al irse. No hay nada que hacer. ¡No entiende!

¿No habría dicho demasiado? ¡Que Verónica me perdone si fué así! Y creo que fué así. Porque no la ví más, nunca más. Y se fué, llevándose la luna.

AQUILES

Aquiles era bueno. Así me pareció desde el primer momento, desde que llegó con la cinta escarlata de la sumisión, oprimiéndolo, atada al cuello. Pero alguien dijo que iba a ser cazador. Yo no lo creía. Era un perro cualquiera, sin importancia, y nada hacía prever en él, un porvenir sanguinario. Tenía la alegría de los bien intencionados y, sus ojos brillaban sin burla, cuando se asomaba al comedor, a la hora de la clase, como para decir: ¡basta! Era entonces cuando Jorge y yo empezábamos a discrepar con él. Estábamos convencidos de la necesidad de aprender a garabatear confusos números y torpes líneas oblicuas. Y Aquiles no hacía nada.

—Hay que enseñarle a hablar, dijo Jorge. En los libros los perros hablan.

No podía ser difícil. El también parecía interesado. Nos escuchaba con atención, quieto, mirándonos, oyendo, cuando le repetíamos las palabras por sílabas.

Pero, después, daba un corto ladrido y se iba.

Hay que enseñarle a obedecer, fué la conclusión que sacamos. — No habla porque no quiere.

A Jorge le parecía que era todavía muy chico. Mejor será que por ahora aprenda a obedecer y que duerma la siesta, para que nos deje estudiar tranquilos. Estábamos seguros de que, sin oír sus pasos, tan tentadores, saldrían mejor los palotes. Y quien sabe si no llegaríamos a contar hasta cincuenta.

La vieja casa en que vivíamos, de cuartos corridos, tenía en el fondo una habitación espaciosa y separada, adonde se amontonaban las cosas sin destino, y, desde ese momento, Aquiles tuvo allí su cajón forrado de papel, cómodo como una cuna, y provisto de un tazón con agua. Pero tuvimos que llevarlo a acostar siempre con engaños. Nunca comprendía. Quería escaparse, y después esperaba en la puerta, sin saber adonde ir. Hubo que dejar el cuarto a oscuras. Así sabría que tenía que dormir, que era la hora de la siesta. Sin embargo, apenas cerrábamos la puerta, estaba ya arañándola, siempre igual, como si creyera que íbamos a jugar a las escondidas. No aprendía a quedarse en el cajón, ni a cerrar los ojos, aunque se los cerráramos con los dedos. Los abría, y, sin dar tiempo, saltaba. Pusimos sobre el cajón sillas, cada vez más sillas y más tablones; pero salía igual con un gran ruído como de truenos.

Sólo una tarde comprendió. Al fin obedecía. Pero, si alguien no hubiera tenido casualmente que entrar a la pieza, Aquiles no sale más. Desde entonces ya no se le pudo enseñar a dormir. Había

que buscar otra cosa. Y no quiero pensar si fuí yo quien propuso la carrera que debía seguir.

Tal vez, porque iba a ser en verdad cazador, era ágil y corría mucho. Podía divertirnos enseñarle a saltar vallas y arcos y a correr con música, como los caballos del circo. Para él también iba a ser mejor que estar siempre encerrado en un cuarto oscuro en el fondo de una casa. Y desde el principio los tres quedamos contentos. Es cierto que no saltaba las vallas, que las tiraba, o pasaba por un lado, porque era más cómodo; pero recién estaba aprendiendo.

¿Por qué recordaríamos, tan desgraciadamente, que los caballos del circo llevaban de pie, sobre el lomo, a las bailarinas, y a los payasos? Ese recuerdo echó todo a perder. Ya no tuvo gracia que corriera solo. No debía correr solo. Y ¡cómo discutimos la solución! Era un perro chico, sin resistencia, que no podría correr llevando a una bailarina. Los caballos, sí, eran fuertes... Pero Jorge también era chico, como Aquiles. Podíamos intentar la difícil prueba.

Durante muchos días estuvimos ensayando. Aquiles se escurría, se hacía chiquito, estiraba las patas, se bajaba, y siempre Jorge se caía al suelo. Y Aquiles se iba entonces y miraba de lejos, sabiendo que había que empezar de nuevo.

—Habrá que llevarlo al circo, para que vea, dijo Jorge.

Ha de querer irse ya al campo a cazar. Debe saber que es cazador, sospechaba yo.

Así nos iba venciendo. Casi nos convencíamos de que iba a ser inútil. Pero no cejábamos. Todas las tardes Jorge se caía varias veces y volvía a subir, porque la defensa de Aquiles se estrellaba contra nuestro empeño. Pero se veía bien, que él no quería ser como los caballos. Y mientras tanto, los que pasaban, decían sin detenerse: ¡Dejen ese perro! Debían creer que estábamos jugando. No se imaginaban que algún día podrían verlo con penachos azules y rojos y brillante de cascabeles, recibiendo palmas y haciendo reír.

Hay que sujetarlo mejor, pensamos, y fué eso lo que hicimos.

Yo tuve mi gran parte de culpa. Por primera vez salía bien la prueba. Había quedado arrinconado contra la pared y mis manos sujetaban con fuerza dos de sus patas para que no se escapara. Jorge llegó a pararse bien, con los dos pies encima de Aquiles. El aullido fué horrible.

De pronto, sin saber cómo, todos se enteraron. Entraron hombres, que nunca habíamos visto. No se sabía que hacían, qué querían hacer, hablaban sin hacer nada. Y ellos también parecían enojados.

—¿Qué habrá pasado?, me preguntó Jorge. Ni él ni yo podíamos saber. Sólo sabíamos que había que tener miedo, porque algo había pasado. Y nos quedábamos por los rincones, callados, sin preguntar nada.

—¡Qué lástima! decíamos después, acordándonos que la prueba había salido mal, el día que Aquiles había querido aprender...

Y lo extrañábamos. — Cuando vuelva tenemos que enseñarle mejor otra cosa, decíamos. Que pasee por la cuerda, como el monito... Es muy chico... No tiene fuerza para trabajar como los caballos del circo, repetía siempre Jorge.

—Tú también eres chico... Pero yo también sabía ahora que era mejor enseñarle otra cosa.

Así hablábamos. Seguíamos pensando en Aquiles. Pensábamos en su porvenir. Nos íbamos desanimando. Pero todavía lo esperábamos. "Para cuando vuelva"... decíamos, y Aquiles no volvía. Ni volvió nunca.

BENICIA

Benicia llegó a casa el día que yo nací. Lo decía siempre, como si tuviera que jactarse de ello, aunque es posible que precisara ese punto de partida para saber cuantos años hacía que estaba a nuestro servicio, y que sin mi presencia debía hallar incontables. Porque en verdad, estuvo mucho tiempo. Era una campesina, que logró enriquecerse de una manera relativa, y dos veces volvió a perder todo. Guardaba sus ahorros un compatriota suyo, altamente colocado, que se tuvo por hombre de respeto y confianza, hasta el día en que nadie supo más de él. Aun la veo llorando aquella desgracia, toda una mañana. Pero no volvió jamás a mencionar el suceso. Tenía por norma no quejarse, sabiendo que las cosas sucedían porque tenían que suceder. Sin embargo, con muy buen tino, empezó a enviar los sueldos a sus padres, y amontonó tierras, rodeando su casa, en la ladera de la montaña, en el Piamonte, en la bendita comarca de Pontrémoli, cerca del camino de Messa-Carrara. Allí tenía rebaños y olivares, y un día iría a quedarse para siem-

pre. Lo tenía resuelto desde que llegó. Por eso, en un pañuelo escondía la suma del regreso, que iba agrandándose en un baúl abierto, en un cuarto sin llave, hasta que una compañera se la llevó. Tardó así en poder irse. Y extrañándonos, retornó en seguida a quedarse con nosotros.

Marieta, su hermana mayor, la trajo a casa, cuando Benicia tenía quince años. La había mandado buscar expresamente para que nos sirviera, como ella, a su vez, lo hizo con su prima Adelaida, y con una sobrina suya, hija de la Domínica. Pero, de toda la familia Simonelli, fué Benicia la que ocupó cargo más alto y de responsabilidad.

Era una mujer leal, mansa en extremo, paciente hasta el cansancio, y que todo aceptaba. Ninguna impertinencia conseguía irritarla, y nunca pronunció una palabra más fuerte, ni menos en un tono que se sospechara agresivo. Si se enojó, no lo dijo, y a mí nunca me pareció enojada. Por eso no me explico cómo alguien pudo decir que fuera lunática. No; estaba siempre igual. Solamente, de cuando en cuando, trabajaba unos días sin hablar, sin sonreírse, sin responder ni aún a mi padre, seria, y de prisa, como si debiera realizar un trabajo urgente. Y a eso no puede llamársele estar enojada. Pero si esto significaba enojarse, entonces, era así como se enojaba Benicia. Se le veía en lo alto de las escaleras, junto a los techos, o cepillando pisos; a veces preparando dulces para el invierno, sin que se le pudiera preguntar qué hacía, ni si eran membrillos o castañas lo que

revolvía hasta medianoche, en grandes tachos de cobre, quemándose los brazos, salpicándoselos de almíbar hirviente, llenándoselos de llagas.

Además, sobre todo, Benicia era sinceramente humilde. Y tanto que ni se alababa de ello. Tenía esa felicidad y la de vivir conforme, sin precisar nada, ni siquiera divertirse, ni acaso descansar. Consideraba excesivo tomarse dos horas de expansión cada quince días. Para ella, pasear, era salir con nosotros; y descansaba divirtiéndonos. Unicamente exigía que se le dejara asistir el Viernes Santo al Sermón de las Siete Palabras, para el cual, con anterioridad, todo estaba dispuesto. Y ella, sin almorzar, para no perder tiempo ni sitio, salía, abandonando las tareas. Iba con su vestido de damasco y su mantilla de chapa. Y era así, de esa manera, sencilla y casi pecadora, como Benicia cumplía con su religión, aunque en verdad era muy devota de la Virgen y de todos los santos, y temerosa de Dios.

Sin embargo, acaso en el fondo, ella hubiera querido poder ser una beata. Pero nunca tuvo tiempo. Mi madre se apoyaba en ella, y Benicia conoció la responsabilidad, el desvelo, la esclavitud de las verdaderas madres. Si alguna vez no fué así, como recuerdo, porque llegó a ser calumniada, puedo dar fe de que su vida fué, en todo caso, la de una gran arrepentida.

Pero es probable, muy probable, que su pasado fuera dulce y puro, porque le gustaba recordarlo. Por eso, cuando terminadas las tareas, las demás

criadas quedaban libres, Benicia, que seguía con nosotros —hasta que la Catedral daba las nueve campanadas que, reglamentaban nuestro sueño— podía recordar. Hablaba entonces de montañas más altas que campanarios, de ciudades que estaban en el agua, o debajo de tierra, y de cosas que sólo ella conocía: de guerras y de reyes. A veces también decía cómo era morirse, porque una vez había estado muriéndose. Otros días contaba de cómo se burlaban los zorros, y de cómo los lobos hambrientos rondaban su casa en las noches de nieve. Y Jorge, que no se asustaba, le pedía siempre: Ahora, cuente de los tiburones.

Cuando empezaba el relato, yo prefería sentarme en su falda, abrazada a ella, sobre todo, si decía que desde la popa del vapor, se veían los tiburones cerca, con las bocas enormes, abiertas, esperando que alguien se cayera al agua.

—¡Siga contando!, decíamos. Y hablaba de martirios y de hombres que otros hombres quemaban vivos. Y también explicaba cosas del Cielo. No estaba en Italia, y por eso ella nunca había ido; pero era maravilloso oír lo que contaba...

—Ahora, diga cómo es el Infierno, exclamaba Jorge, riéndose de que yo no quería oír, porque era como si Benicia nos llevara de la mano. Desde luego tampoco había ido nunca al Infierno. Lo conocía porque tenía en su cuarto un cuadro en colores, donde debajo de una nube, se veía a los condenados, entre llamas, con caras furiosas, como de ladrones.

Ese infierno, yo también lo ví muchas veces. Ella me lo mostraba sin querer asustarme, para que fuera buena, para que aprendiera a ser buena, o tal vez simplemente, porque me portaba bien. Por eso, solía decir, cuando quería mimarme:

—María de los Angeles, hoy sólo tú vas a poder subir a ver el Infierno.

EL RETRATO

Todavía no se habían vuelto familiares las sombras de la nueva casa. Persistía un estado como de sorpresa y de movimiento, casi alucinante, que hacía vivir en lo extraordinario. Era el momento de la transición. Las cosas estaban en actitudes provisorias, fuera de la tragedia del orden cotidiano, sin haber alcanzado sus hornacinas, perdiéndose entre el miedo de los rincones y, rescatándose con perfiles desconocidos. Nada parecía igual a antes, ni siquiera los muebles familiares. La nueva colocación, creaba un divertido caos, y yo también vivía como en una euforia de novedades y de misterio. Además, ese desorden había introducido en los hábitos una inesperada y aprovechada libertad. Podía considerar que todo era mío. Que era mío hasta lo más sagrado: los pastilleros de esmalte, que siempre había visto a través de los vidrios; los jarrones, que no podían tocarse, aunque estuvieran sobre la mesa de la sala; los repletos álbumes de retratos; los libros de mi padre; y hasta sus amatistas de apretar papeles. Lo más

pequeño, lo más frágil, seguía aún perdido entre aserrín, en cajones abiertos, y lo demás en desordenados montones, como si no sirviera. Era para creerse en una casa encantada. Y lo era, además, en verdad.

Recuerdo un pasillo secreto que unía las habitaciones, por dentro, sin que se sospechara, sin que se viera del lado del patio, y sólo para crear encantamiento. Y me acuerdo de puertas que se abrían sin saberse adónde, y de una que no pude volver a encontrar. Pero lo que más atraía, lo positivamente maravilloso, era que, en el fondo, en un campo soleado, verde de tréboles, se abriera un pozo hondísimo y musgoso, escondido como una trampa, que siempre se sospechó que llegaba hasta el otro lado de la tierra. Y, ¿quién no iba a tratar de abrir la puerta prohibida, para asomarse a mirar por aquel anteojo de agua?

Esa preocupación, alrededor de la cual giraban todos nuestros intentos, debió apresurar el arreglo de una pieza, que debía ser nuestra cárcel. Y, si estábamos acostumbrados a someternos sin rebeliones, no fué por eso menos agradable, encontrar una mañana allí, riéndose y como esperándonos, el retrato de un desconocido. Estaba recostado a la pared, a nuestra altura, colocado sobre el mismo suelo, y miraba como si no fuera un retrato.

—Nos mira, decíamos, y no mentíamos.

Era un hombre viejo que siempre se estaba riendo, y siempre miraba. Las arrugas hacían como un arco a los lados de la boca, y los cabellos

lacios, eran tan largos, que los llevaba sostenidos por una cinta, como los de una mujer.

—¿Será un retrato?, me preguntaba Jorge.

Tenía que ser, porque detrás había una tabla y la pared no estaba abierta. Seguía sin ninguna puerta, sin ninguna ventana. Eso era lo más extraño. Y él no miraba de atrás del vidrio. Estaba mirando como desde lejos, no se podía saber desde dónde, pero se veía que miraba desde muy lejos.

Pero, ¿por qué miraba y se reía, y parecía que se estaba burlando? Ya no podíamos jugar sin que él viera. Era como un juez. Vigilaba siempre. Y yo le dije a Jorge en secreto que le tenía miedo... Entonces fué peor.

Nos seguía, buscándonos, hasta en los rincones, y adivinaba lo que pensábamos.

—Me está mirando —me prevenía Jorge.

—Y a mí también...

Y los dos estábamos separados. Llegó a ser obsesionante. Por eso me pareció bien, cuando Jorge me propuso:

—Vamos a rezarle.

Entornamos los postigos, para no verlo tanto, y debajo de la mesa, de rodillas, rezábamos. Era el momento en que se quedaba quieto, con los ojos quietos, y nosotros también, en oración. Así nos sorprendieron. A causa de nuestro silencio, nos sorprendieron.

—¿Qué hacen? —dijo mi madre al entrar, pareciendo contrariarse—. ¡Están locos! ¡Cómo van a rezarle a Voltaire!

Mandó a sacar el cuadro. Abrió los postigos. Y nos dejó de nuevo, encerrados con llave, como siempre.

Fué un alivio. Jorge y yo estábamos ya dominados, acostumbrados a aquella obsesionante presencia, pero nos alegramos de que se hubiera ido. Al fin, no sabíamos por qué nos miraba, ni desde dónde, ni por qué se reía. Y ya ahora sabíamos que no era un santo.

—No teníamos que haberle rezado —me hizo notar Jorge.

Y la prueba la tuvimos más tarde, cuando se nos dijo:

—Desde mañana irán al colegio de enfrente.

Yo tenía apenas cinco años y no sé si Jorge había cumplido los cuatro. ¿Íbamos para aprender? Si fué así, no aprendimos nada. Y el retrato siguió, desde lejos, preocupándonos. ¿Quién podía ser, si no era un santo?

Balbuceando, y roja de timidez, me acerqué entonces un día a la maestra, en plena clase, a preguntarle, en voz baja, si ella sabía quién era Voltaire.

Aun me acuerdo de sus ojos sorprendidos, y de su voz, tal vez contenida, y severa:

—María de los Angeles, ¿no sabes que una niña no puede preguntar esas cosas? ¡Voltaire no fué nadie!

Era la primera vez que yo le hablaba y como tuve que avergonzarme de haberlo hecho, no le hablé más, ni pregunté nada ni contesté nunca.

Con todo, era un triunfo decirle a Jorge que no había entendido:

—¡Voltaire no es nadie! ¡Tenía razón Benicia, al decir que era una figura!

EL TE

Querría no acordarme de que nunca pude cruzar el patio de un colegio después de oír la estridente orden de romper filas. He dicho *nunca*. Si hubiera tenido un asomo de conocimiento para representarme una guerra, la voz me hubiera destemplado como un llamado a la carga. Tenía horror a los juegos brutales, a las carreras, a la mancha, hasta a la cuerda, que golpeaba la cara. Tal vez, no sé, habría querido poder entrar en las ruedas, cuando, tomándose de la mano, todas cantaban. Pero en aquel enorme espacio lleno de golpes, empellones y desafíos, era más prudente quedarse contra las paredes. Y, Jorge y yo, esperábamos a que terminara el vocerío espantoso, a que terminara el mareo de los juegos, siempre quietos, mirando desde lejos.

—Nena, ¿no quieres pasear del brazo conmigo?, me decía, de vez en vez, alguna niña condolida de mi situación.

No. No quería ir. Sabía que era una voz buena, pero no contestaba. Daba vuelta la cabeza

y me quedaba quieta, como si no oyera. Aunque repitiera la invitación, no oía, y si se quedaba mirándome, yo seguía sin mirarla.

—¿Y tú?...

Una vez Jorge quiso jugar. Fué como una súbita locura, pero yo no le dejé. Lo sujeté por la manga de su delantal colorado. Las avalanchas lo tirarían, lo lastimarían. Además, sospeché que podía perderse. El y yo éramos los más chicos de todo el colegio. No conocíamos a nadie. Tenía que ser peligroso.

Casi prefería estar en el banco, con las manos juntas y los ojos fijos en la maestra, sin distraerme y sin entender. Pero los juegos seguían, y se repetían, sin fin, a cada rato.

Era peor, sin embargo, cuando en medio del bullicio se hacía un gran sosiego. Yo bajaba la cabeza, sabiendo que era porque había llegado Benicia, trayéndonos el té. Sin darse cuenta, sin querer, para que no fuéramos a estar más flacos, más pálidos, cuidándonos, nos avergonzaba. Atravesaba la calle Agraciada, como si fuese un corredor de la casa, con la bandeja servida y las tazas rebosantes. Para ella tampoco debía ser cómodo; pero lo demás, ella no lo comprendía.

—¡Qué lindas tazas!, comentaban las niñas.

Eran finas, de porcelana, igual que la bandeja, con picaflores y jacintos pintados.

—Benicia, ¿por qué viniste? —insistía yo más bien que Jorge, dándome vuelta para que no me oyeran. Y ellos venían allí, a hablar de los pájaros

y de la bandeja, graciosamente arrollada en los bordes como un papel.

—A ti te tocó hoy el azul, el que quiere picar la flor... Así, cada vez más, se encendía mi cara.

Debía ser divertido. Nos rodeaba una muralla de ojos, de voces, de asombro, risueña, burlona. Nadie hubiera podido levantar la cabeza. Ya no importaba quien ganara a la rayuela ni quien tuviera el balero.

Benicia, muy despacio, con prudencia, insistía para que tomáramos el té, y los que habían formado el grupo, casi a coro, la ayudaban para que no se enfriara.

Era penoso escucharles hablar con desprecio, diciendo: "Yo traigo pan con jamón, o pan con dulce." Y a otro: "A mí no me gusta la leche", o "traigo la leche en una botella".

Querían explicar que no recibían la humillante visita del té. No tenían la sensación de ser tan poca cosa. No precisaban niñera, para que los llevaran de la casa de enfrente a la puerta del colegio, ni de la puerta del colegio a la casa de enfrente...

De nuevo, ya parecía que el reloj empezaba a decir: Va a ser la hora de llegar Benicia... Lo mirábamos asustados. Y, de pronto, adelantándose, estaba allí, con su delantal blanco, duro, como de cartón, caminando seria, conscientemente, sin prisa, porque el patio se iba abriendo como las aguas del Mar Rojo. Aquí están, señora, decían, a su lado, los que la seguían, agregando siempre alguno: ¡Les trajeron el té!

LA BIBLIA

La gran Biblia que estaba siempre sobre la mesa de la sala, es para mí el único testigo de los días que apenas recupera el recuerdo. Lo demás se ha pulverizado, o ha desaparecido. Pero ella está aún ahora en mi sala. Iba de una casa a otra, como el piano, como la consola con su marco de terciopelo, como la araña de cuatro luces, formada por cuatro dragones dorados. Y ella ya no existía tampoco para mí, y ha vuelto después de muchos azares, para acompañarme como antes, de una casa a otra, como en mi memoria, de una sala a otra.

En un tiempo estuve yo también como ella, encerrada siempre en las salas, desterrada en las salas frías, lejos del movimiento de colmena del resto de la casa. Acaso por esto nos hemos vuelto a encontrar. Y quién sabe si también por eso, esta mañana de noviembre se ha filtrado por la ventana de una de aquellas lejanísimas salas, iluminándola como antes, con el sol del Este. Ahora ninguna de sus paredes está en pie. Pero, hechas polvo, aun las veo recubiertas de pálida seda rosa,

con el viejo, suntuoso damasco rosa, lleno de flores rosas. Y sigue puesta hasta los zócalos la mullida alfombra que no dejaba oír los pasos y que daba a las voces repentinas, sonidos alarmantes.

—María de los Angeles, decía de pronto Benicia al abrir la puerta, que no se había oído, ¡que nada se rompa!

No podían levantarse las cortinas de encaje para mirar la calle. No teníamos que sentarnos en los sillones.

—¡Jorge, no corras!, decía yo a cada momento, convencida de tener alguna responsabilidad...

Había que moverse con cuidado. Hubiera parecido espantoso que se cayera una de las columnas que sostenían los enormes jarrones chinos. No había que jugar con el trompo del muchachito de bronce, aunque se destornillaba. Ni podían cerrarse los abanicos. Lo mejor era quedarse en el suelo, sentarse en el suelo, y solamente hablar.

Pero había una cosa, una sola, que hubiera podido tocarse sin riesgos. Era ese gran libro negro con canto de oro y una cruz de relieve, que estaba sobre la mesa redonda. Lástima que ese libro no podía abrirse. Benicia había recomendado muy especialmente que no lo tocáramos. Había dicho: —Es un libro sagrado, y nadie debe leerlo. A ella también se lo habían dicho, aunque ella no sabía leer. Y ahora estábamos advertidos. Lo mirábamos sin tocarlo. Pero, ¿por qué no se puede leer?... Sus respuestas eran siempre las mis-

mas. Allí estaba dicho, escrito, cómo se había hecho el mundo y cómo terminaría. Estaba explicado lo que nadie tenía que saber. Y, haciendo conjeturas, Jorge insistía en preguntar:

—¿Y el que lo escribió?... El que lo escribió tenía que saber, y tiene que haber sido castigado.

Así argumentaba, sin razón, únicamente porque él quería leerlo. Pero yo lo desanimaba, y le hacía acordar del Paraíso y de la mujer que se había vuelto estatua. Y recostados sobre los bordes de la mesa, lo mirábamos sin tocarlo.

—No vayas a abrirlo...

Un día, asimismo, sin poder contenerse, abrió el libro, y miramos los dos. Casi no vimos nada. Ni nos animamos a saber qué decía. Un hombre de barba blanca estaba echando a una mujer que llevaba un niño de la mano. No supimos nada más. No leímos ni vimos nada más. Pero ya habíamos desobedecido.

—Que no sepa Benicia, dijimos, porque se disgustará y no podrá defendernos.

Ya nadie podía defendernos. Teníamos la culpa. Seríamos castigados. Y fué una tarde muy triste. Ibamos a morirnos, esa misma noche, tal vez, antes de la hora de dormir.

Sentados en el suelo, como siempre, para que no se rompiera nada, esperábamos la muerte. ¿Cómo será?, decíamos. Y hablábamos mientras iba oscureciendo. Ahora, pronto sabríamos todo. Porque con la prisa no habíamos podido leer. Tal

vez, veríamos a Dios... Y seguíamos hablando quietos, sin llorar, esperando. Y así se hizo noche y llegó el sueño entre sombras, mientras los dos hablábamos tristemente y esperábamos...

LA NIÑA VESTIDA DE NEGRO

Esa era yo. A los cinco años me vistieron de negro y durante dos años tuve que seguir vestida así, y estar siempre triste, porque aquel color me agobiaba, pesándome como una capa de tierra que llevara encima. No podía acostumbrarme. Veía con horror el sombrero, y, sobre todo, los guantes. Algunas personas llevaban un cuellito, una tira blanca, y yo las miraba envidiándolas. No me acuerdo de haber envidiado nada tanto como un vestido de color. El espejo me hacía llorar. Me veía enflaquecida, amarilla, como si estuviera enferma. Era como si de pronto me hubieran obligado a ser vieja.

Me acuerdo la impresión que tuve el primer día. Había ido a besar a mi madre, contenta, como todas las mañanas. Llevaba dos grandes cintas celestes. Y desatándome las trenzas, sin decirme nada, mi madre empezó a sacármelas. Yo la miraba sin saber para qué, creyendo que tendría las trenzas mal hechas. Pero vi que sacaba de un cajón unas cintas negras y que me las ponía.

—Mamá, no quiero esas cintas. Son feas, y no se ven... Quiero las cintas celestes.

Ella me explicó algo que no tenía nada que ver. Dijo que había muerto mi abuela. Dijo también que yo tenía que quererla. Y que no podía ponerme las cintas celestes... Y a la tarde ya me vistieron con el horrible traje negro.

Yo no comprendí, ni Jorge tampoco. A él nadie lo vistió de negro, y se reía. Me miraba y volvía a reírse. Pero yo tenía ganas de llorar. Estaba feísima.

—Habrás hecho algo malo, me decía... No te acuerdas, pero debes haber mentido.

Yo pensaba... Será porque no fuí buena con mi abuela...

Mamá me dijo que yo tenía que quererla mucho... No la habré querido... Y seguí vestida de negro, sin comprender. Pero pienso que los demás, tampoco comprendían. La gente, en la calle, preguntaba:

—¿Por qué está de negro esta nena?

Hasta a la playa iba así. Me bañaba vestida de negro. Una de mis tías me había estado arreglando un traje suyo a mi medida, tal vez porque no hacían para las niñas trajes de baño de luto.

Era un traje único, de sarga áspera, bordado en realce, con pantalones que se prolongaban con gruesas puntillas de lana por debajo del sayal, casi hasta los tobillos, y con mangas abuñueladas también con puntillas.

—¿Es una huerfanita?, preguntaban todos.

Y aunque Benicia dijera que no, las señoras, al mirarme, condolidas, seguían diciendo como si no le creyeran:

—¡Pobrecita!

Así se iba empeorando mi situación. Se iba aumentando mi tristeza.

—Dá lástima verla tan triste, decían, y me ponían más triste.

Las demás niñas corrían por la arena. Estaban de blanco y podían correr. Podían reírse. Pero yo me quedaba sentada al lado de Benicia, hasta la hora de irme, hasta que el sol me llegaba a los zapatos. Eran mañanas quemantes, larguísimas.

—Benicia, ¿oíste lo que decían?...

INQUIETUD

Sé que sucedió en Atahualpa, en una vieja quinta rodeada de viejas quintas, que quedaban camino de la capilla gótica. Se llegaba allí por veredas de madreselvas, que se abrían bajo la sombra de los paraísos. Una casona de tres pisos y torre era la mía. Aún puede verse su mirador, de vidrios en damero, azules y blancos, terminado en punta con un pararrayo. Pero la quinta era lo importante, quinta de pastos, agreste, de caminos apretados como para hormigas, de canteros húmedos, sin flores, solamente guarnecidos de boj, tal vez para que se notaran, y llenos de caracoles. Todo era rústico y feo como un corral, con animales sueltos, sin nada que cuidar, con una vegetación inútil. Y por eso nos gustaba. Se podía jugar todo el día, aun sin vigilancia, en la libertad que daban las altas verjas y esa aridez que suprimía hasta las frutas rodando por la tierra. Y si este gran espacio hacía innecesario el paseo, cada paseo significaba en el fondo, un día substraído. Asimismo, el día que recuerdo, que he rescatado, es uno de esos días

perdidos. Mi memoria lo ha aislado con la emoción de una vuelta de paseo, bajo un fuerte aguacero, en medio de una tormenta.

Llegaba con mis padres, no sé si asustada, si deslumbrada. Cortinas de agua habían tapado la quinta, los árboles, todo. Ibamos como por un arroyo, y era todavía alegre, aunque diera miedo. Pero al llegar al portón, ya frente a la casa, que no se veía, cayó un rayo en el mirador.

Los truenos se habían estado contestando como los gallos, unos a otros, enojados, fuertes, en medio de la tormenta. Y de pronto, uno se desprendió, el más grande, bajando como una bola de fuego.

Debió ser un momento inquietante, porque cuando entramos, los de adentro miraban para afuera. Para ellos el rayo había caído cerca. Decían que en una casa vecina, o acaso en la magnolia del fondo, o en la iglesia.

—¡Jorge!, corrí a decirle, buscándolo en su cuarto, entre los juguetes. ¿Sabes que cayó un rayo en esta casa?... Al principio no le pareció importante.

—¿Qué tiene eso?, me dijo...

Pero yo sabía que era fuego, y que importaba. Entonces se lo expliqué.

—Se habría incendiado la casa, observó, y no estaríamos tan tranquilos.

—¿Verdad, Benicia, que cayó un rayo?...

Ella asintió, todavía asustada...

—¿Los rayos no hacen nada?, dijo entonces Jorge.

En la cocina, en los corredores, las criadas comentaban: "Mañana se sabrá qué ha pasado".

—¿Qué se va a saber?, insistía Jorge.

Y yo creí deber decírselo:

—Se va a saber si era el sol.

Jorge me miraba extrañado, porque él no había visto el rayo, ni sabía que la quinta se había iluminado como si fuera otra vez de día.

—Pero ¿cómo se va a caer el sol? El sol está siempre... Será alguna estrella, decía.

—No. Las estrellas tienen puntas. El rayo era redondo y grande como tu globo de gas; pero todo dorado. Tenía que ser el sol. Además, hacía cerrar los ojos.. Y, ¿no estoy diciendo que en la quinta se veían los árboles como si fuera de día?

—¡Qué lástima!... Va a ser aburrido que sea siempre de noche... Tendremos que comer con lámparas y jugaremos encerrados... Jorge también se había convencido.

—Yo sé, decía, que Benicia va a querer que estemos siempre durmiendo, y que apenas me levante me va a decir: Hay que acostarse, porque es de noche.

Y antes de acostarse volvió todavía a preguntarme:

—¿Tú estás segura de que era el sol?

Sí, yo estaba segura. Lo había visto. — Si fuera una estrella, no habríamos podido ver los árboles.

Las estrellas dan menos luz que las velas, le contesté. Era el sol.

—Mañana vamos a saberlo...

Pero había que esperar a que pasara la noche.

YO TENIA UNA HERMANA...

Yo tenía una hermana de grandes ojos negros, que no reían nunca. Estaba siempre pálida como los marfiles, mirando jugar; y solamente pedía flores amarillas, ningún juguete, flores amarillas.

Recuerdo, a pesar de esto, que una vez jugamos juntas, una sola vez, y que me divertía que no me alcanzara. Me escondía, y ella no me encontraba.

—María de los Angeles, no juegues así, ¿no comprendes que Raquel es chica?, dijo de pronto mi madre. Y aun se vuelve mi rostro de grana.

Debía tener dos años menos que yo. Era como para avergonzarme. Y poco a poco fuí arrepintiéndome. Sobre todo, porque la puerta de su cuarto se cerró de nuevo, y yo no entraba allí. Nunca pude entrar, ni volví a jugar con ella, ni la vi jugar más. Estuve acordándome muchos días. Es cierto que al fin me había dejado alcanzar. Ella también tendría que acordarse... En aquel momento tenía la cara encendida como una rosa, y los ojos brillantes, como de risa, o de fiebre. Pero

la puerta seguía sin abrirse. Y no la vi nunca más.

No era una fiesta estar en el amplio comedor en aquella tarde de octubre. Nunca nos dejaban entrar y debía gustarnos; pero tomamos el té en silencio, frente al grueso cristal que dejaba ver el jardín de invierno. No queríamos decir nada, porque todos hablaban en voz baja, y nadie tenía ganas de hablar. Era una tarde triste, inexplicablemente triste, aun antes de que llegara Marieta, con ojos espantados, a decirle a Benicia: ¡Una paloma muerta ha caído en el patio!... Vamos a verla, dijimos; pero Benicia estaba temblando. — ¿Qué te pasa?, le pregunté, porque no hacía frío, y en sus ojos se contenían las lágrimas. Pero ella no podía contestarme. No sabría. Debía ser difícil. Y Marieta explicó que la paloma llegaba a anunciar una desgracia.

Las dos sabían lo que iba a pasar. Y a la noche, yo también lo sabía. Ignoraba qué, pero comprendía que sucedía algo terrible. Jorge dormía. Y Benicia, entre las dos camas, sollozaba sacudiéndose y casi en silencio.

—¿Por qué lloras?, le preguntaba yo llorando como ella. ¿Por qué lloras?

De mañana nos llevaron a otra casa. Y, después de muchos días, cuando volvimos a estar todos juntos, ya no estaba Raquel. ¿Qué pasó? Nadie quería decirlo. No hagas preguntas, era siempre la respuesta. Pero yo quería saber. Y un día Benicia me dijo: Raquel está en el Cielo.

Jorge y yo miramos, pero no la vimos. Mirábamos siempre, a cada rato, sin poderla ver. Pero

Benicia había dicho que estaba allí, aunque en el Cielo no se veía gente. Y seguíamos por eso preguntando hasta que Marieta, cansada ya, explicó:

—Raquel se murió y no van a verla más.

Comprendí que morirse era irse. Pero, ¿cómo había podido irse sola? Raquel era muy chica y no salía sola... Quizá se hubiera ido a otra casa, porque yo no jugaba con ella... Y volví a acordarme de la mañana en que no me dejaba alcanzar. Se había ido por eso. Y fué tristísimo saber que se había muerto por mí.

—No te quedes atrás, me decía Benicia cuando yo me detenía en la calle a mirar una niña como Raquel y que me parecía ella, porque tenía una capa de franela como la suya. Pero no era. Encontraba su cabello oscuro, sus zapatitos blancos, sus manos, pero las caras eran siempre distintas. Yo creo que me iba enfermando. ¿Por qué no habría jugado nunca?

En la casa nadie adivinaba mi pena. Sólo Jorge me ayudaba a buscarla, porque para él también se había ido por culpa mía. Y asimsimo él empezó a creer que era inútil; empezó a cansarse, iba aburriéndose.

—Si estuviera cerca la habríamos encontrado. Pero hay países que no se ven, que están detrás del Cerro. Y puede ser que se haya ido en un buque, por los mares, como vino Benicia... Yo no creía, No puede ser. Cómo va a irse sola, pensaba.

Sin embargo, empecé a olvidarla. Raquel no había podido irse, pero yo dejé de buscarla. Y

así se fué perdiendo para mí. La fuí olvidando. Se fué apagando su voz... Ya casi no me acordaba de sus ojos tristes... Era como una hermana lejana, que se moría cada vez más, cada día más definitivamente, sin que la nombrara, sin que la buscara, sin que pensara siquiera que yo había tenido la culpa... como si no la hubiera tenido...

PUNTOS DE VISTA

Era todavía muy temprano cuando empezó a preocuparnos la situación de los presos. Discutíamos acaloradamente las causas que pudieran existir para que se les prendiera, y, desde luego, siempre conveníamos en que no podían existir razones. Así pensábamos y hablábamos, en un altísimo balcón de la calle Cámaras.

Después de la hora del almuerzo, era allí donde debíamos permanecer hasta la hora del té. Comíamos manzanas, escudriñábamos el horizonte para hallar, ya fuera una torre aun no descubierta, ya un campanario, o un poste telefónico, o árboles, o simples ventanas. El altísimo balcón dominaba la ciudad sin que nada se interpusiera. Un arenal llegaba hasta la bahía; al sur los Capuchinos, y de marco, la arboleda de las quintas. Se comprende que, además, las casas de enfrente estaban a nuestra merced. Conocíamos los hábitos de los vecinos, sus horas de paseo o de regreso, Sabíamos si faltaba alguno de los contertulios de un estudio próximo, y los veíamos abanicándose con pantallas de

paja, mientras discutían de política, en el balcón. Y nos preocupaba, cuando no sacaban a tomar aire al paralítico que vivía en un cuarto, en la azotea de la acera opuesta. ¿Estará enfermo?

Pero, lo interesante era ver llegar los presos. Las otras cosas servían para amenizar los intervalos, para hacerlos menos largos. Porque el carro de los presos no llegaba sino dos o tres veces por tarde, comúnmente.

Era un momento de atención. Había que mirar bien, sin perder los detalles, que eran importantes. Porque de la manera de bajar o subir los presos, dependería luego la idea que nos haríamos, y por ella los juzgábamos. Algunos trataban de escaparse, como por sorpresa; otros eran bajados a golpes; muchos no querían descender ni luego subir; unos entraban tapándose la cara, o llorando, o desprendiéndose de los policías. Y conocíamos todas esas modalidades. Sacábamos deducciones. El preso de ayer, el que tuvieron que entrar a la fuerza, era mucho más malo que éste, decíamos, porque estaban casi catalogados. Este se ve que está arrepentido. Lo van a soltar en seguida... Y cuando subía de nuevo al carro unas horas después, creíamos que sería para llevarlo a su casa, y quedábamos contentos.

Los malos llegaban siempre enojados, y Jorge me decía:

—Yo creo que después, cuando salgan, van a ser más malos. Van a salir más enojados, y quién sabe qué podrán hacer... Sospechábamos

que podrían hacer cualquier cosa, después de haber estado en un calabozo, con cadenas, comiendo pan duro y agua en un jarro de lata, en la oscuridad. ¿Cómo podrían no salir enojados? Sobre todo, si los dejaban allí durante la noche.

Los que no podían bajar, que no podían caminar, que estaban enfermos, nos preocupaban. No es un ladrón, decíamos. Porque los ladrones precisaban poder correr...

—Habrá matado a alguien, sugería Jorge.

—No, para matar a alguien se precisa tener fuerza, y no estar enfermo, no estar cayéndose de enfermo...

Esos dos principios, el de la fuerza necesaria para asesinar y la agilidad indispensable para el robo, creaban una mayoría de sacrificados, de hombres injustamente presos, que los celadores llevaban por gusto, solamente porque podían hacerlo. Naturalmente, esto contribuía a que en la calle les tuviéramos miedo, a que no pasáramos a su lado, a que no los miráramos. Era preciso que no nos vieran. Porque eran omnipotentes, dispuestos a probar que nadie podía desobedecer.

Pero, eso sí, sabíamos que había ladrones. Yo misma un día vi uno, subido en una silla robando un cuadro, en casa, al lado de la escalera. Y mi padre, que salía en ese momento conmigo, lo había sujetado de un brazo para que no se escapara. Pero yo era todavía muy chica y no sabía que iban al Cabildo, ni sabía cómo eran las cárceles, ni había oído hablar de cárceles.

Ahora ya había visto muchos ladrones y asesinos, pero quería que los soltaran.

—¿Verdad, Benicia, decía al acordarme, a la noche, verdad que todos los presos estarán en sus casas? Algunos subieron de nuevo en el carro... ¿Ya estarán con sus familias, con sus hijos, ¿verdad?... ¡Benicia!... ¡Benicia!...

VIAJAR...

No se podía saber por qué Benicia, a pesar de su ductilidad no transigía, y nos llevaba tan repetidamente a pasear por el Cementerio Inglés. Cierto es que después se dijo que ya no era un cementerio, aunque para ella lo siguiera siendo. Y ahora ya no podría saberse quien tenía razón. Entonces era una tierra ondulada. Parecía un campo vacío, y debajo estaba la gente. — ¡No pisen, que es pecado!, nos decía alarmada, obligándonos a correr por un laberinto de estrechos caminos. Muchas veces debimos estar a punto de caernos en las macabras colinas; y, sin poder evitarlo, sin querer, un día pequé. Desde entonces, me acuerdo bien, nos resistimos tenazmente a volver. ¿Por qué teníamos que ir a jugar a un cementerio?

No podía negarse que era lejos y cansado caminar hasta Bella Vista para ver pasar los ferrocarriles. Pero, ¡cuánto más agradable resultaba sentarse en el andén y esperar, como si fuéramos a irnos! No era ciertamente un panorama como el del puerto, ni tenía su movilidad, pero comple-

taba el paseo de la mañana. Venía a ser una manera grata de familiarizarse también con los viajes por tierra. Sólo que los buques iban más lejos, y el mar estaba siempre distinto. Cuando se balanceaban las barcazas, estaba rosado o color tierra, y lleno de espuma; cuando se oscurecía, en los días que los pájaros volaban, todos los buques se quedan quietos y blancos; comúnmente el mar estaba claro, transparente, con pequeños soles, que brillaban como espejos.

Benicia debía creer que allí estaba más cerca de Italia. Por eso nunca modificaba ese paseo. Salíamos de casa temprano, apenas nos levantábamos, como si tuviéramos que ir a esperar a alguien, y sólo era para mirar los buques. Los marineros, los cargadores, los que contaban pescados, nos conocían y le decían a Benicia de dónde venían los lanchones con naranjas. —¿Es en ese vapor negro en el que viniste?... Era difícil decir que sí, porque todos eran parecidos. Pero ella explicaba que los que venían de Génova se quedaban lejos, afuera, donde había más agua.

—¿Por qué no subimos a este vapor, ahora que no hay nadie?... Pero estaban lavando las cubiertas... Y seguíamos caminando por los muelles, por donde el agua quedaba abajo, entre las tablas, como si estuviéramos embarcados.

Una vez yo había visto un vapor por dentro. Mi padre y yo habíamos subido por escaleras alfombradas de goma, con barandas doradas, y habíamos entrado a los camarotes. Y me acordaba

que unas camas estaban arriba de las otras, con cortinas rosadas que se corrían, igual que las de las ventanas, cuando no se quería ver el mar. Por eso sabía que era lindo viajar. Benicia, sin embargo, decía siempre que no se podía subir sin tener dinero, o billetes. Y teníamos que volver, queriendo irnos.

Por eso comprendimos que era mejor hacer un buque. Así no tendríamos que preocuparnos de nada, ni siquiera de si salía o no, humo de las chimeneas, ni de si había gente que no dejara subir.

Y la obra empezó a construírse junto con el proyecto. Sabíamos donde encontrar madera. Habíamos visto donde se vendían clavos. Y con las sillas del comedor empezamos a formar la armazón. Iba a ser chico, y solamente para quedarse de noche en la playa. Por eso no se necesitaba más que un camarote, y Jorge me decía que hiciera las cortinas. El tendría que estar en las máquinas y no precisaba dormir. Estaba ya todo arreglado, proyectado, aunque faltaba lo más difícil, que iba a ser el permiso, ya que Jorge aseguraba que él se encargaba de hacer las máquinas con su velocípedo. Y con tan pocos hierros conseguía hacer tanto ruído, como si fuera en verdad la máquina de un vapor.

Tal vez, por eso, a Benicia le pareció que no debíamos jugar más así. Y dijo jugar, creyendo que jugábamos. — Voy a decirle a la señora que están rompiendo las sillas del comedor, insistió, sin comprender que había sido su prédica la que nos animaba a hacer el buque.

Por suerte, el permiso fué otorgado. Mi madre accedía, siempre que no rompiéramos nada, ni desarregláramos la casa. — ¿Entonces podemos pasar la noche en la playa?... Va a ser solamente la noche... porque para no tener que cocinar y poder ir al colegio, volveríamos de día.

Pero, con el permiso fué que empezó el desánimo. Cierto es que, de todo lo que contábamos tener, iba quedando únicamente el velocípedo...

—Aunque el buque sea del tamaño de un bote...

Jorge ya transaba con un bote. Pero yo pedía, asimismo, que tuviera un toldo, por si llovía, y para que a los lados se pudiera abrir, como si fueran cortinas, para mirar el mar

Y mientras tanto seguíamos yendo como antes, como siempre, a mirar los vapores. Íbamos desde que nos acordábamos. Y ahora tal vez ya tendríamos que ir siempre.

LA LUNA ROJA

Estábamos en el año de la Revolución. Los antecedentes históricos que se venían precipitando, estallaron al final del verano, en los trágicos, inevitables, sucesos, que conmovieron los campos y rerepercutieron en las ciudades. Pero para mí todo se mantenía como en términos lejanísimos. Continuaba viviendo en un ambiente de acolchado reposo, como si los problemas que me rodeaban no tuvieran importancia ni sentido. Todo era vago, y cuando los hechos alcanzaban algún contorno, era siempre más fantástico que tremendo, porque mi corazón seguía cerrado por la ignorancia. Algo oía, es cierto, pero fugazmente, y nada quedaba de esa impresión de angustia y desasosiego. Era cuando me despertaban a media noche los vendedores de boletines, al atronar las calles, sacudiendo el silencio. Y a la mañana, cuando había vencido al sueño, lo recordaba modificado por la alegría de una jornada llena de despreocupación.

Una mañana, sin embargo, no fué igual a las otras. Tal vez la ciudad no hubiera sido sobresaltada por batallas, ni supo de muertos ni de heri-

dos. No sé. Pudo ser para todos un día cualquiera. Pero para mi madre fué distinto. Una carta la había hecho llorar, y salió de su habitación con los ojos rojos, dando órdenes que convulsionaron la casa. Creo que asimismo, todavía era divertido ver cómo las criadas desarreglaban todo, para hacer apresuradamente paquetes y preparar baúles y valijas. Según mi experiencia, era un índice de que debíamos irnos a otra casa, y me gustaba. Pero me intrigaba que nadie quisiera dar ningún detalle.

—¿Por qué sólo arreglan la ropa? ¿Vamos a dejar los muebles?... Nadie contestaba. Faltaba tiempo para hablar, para dar explicaciones. Y recién a medio día, por una infidencia, se supo que nos embarcábamos para Buenos Aires. Yo corría, saltaba, de alegría. — ¡Vamos a subir a un vapor!

¿Cómo no entusiasmarse? Benicia no ignoraba la parte que tenía ella de culpa. Y para aplacar aquel desmedido entusiasmo, me dijo aparte, queriéndome convencer de que debía callarme, que no era para alegrarse, y que nos embarcábamos, porque mi padre se iba a la Revolución.

Si recuerdo bien, creo que encontré que una revolución no tenía la trascendencia de pasar una noche en el mar. — ¿Para ti no es como si te fueras a Italia?, le decía sin querer comprender, sin querer desanimarme, y todavía en el fondo, transportada.

—No, contestó, no es; y no hables más.

Fué para mí inevitablemente, asimismo, una bella aventura poder bajar por la escalera de los muelles y ver de cerca el agua celeste. Miraba las

ondas iluminadas por un sol oblícuo. Casi podían tocarse, casi se respiraban. Y el bote, con remos lentos, nos iba acercando al buque encendido, que estaba inmóvil, esperándonos. Como en sueños, navegaríamos pronto por un mar de tinta, amenazante de tiburones...

Y fué extraño que no fuera así. Aun no comprendo. Pero se trocaron las cosas. Aquella euforia se deshizo de golpe, como si hubiera sido obra de un encantamiento. Apenas habíamos salido, ya era otra cosa. Empecé a saber por qué nos habíamos embarcado. En el camarote oscuro, mi madre sollozaba en silencio, asomada a la ventanilla. No era un paseo. Ella quería que yo durmiera, pero yo ya no podía. Quería que me acostase y yo sabía que no tenía que dejarla y me quedé ceñida a su pollera. Así pasé la noche, llorando yo también. Pasé la noche empinándome para ver la luna roja que se alargaba por el mar, como una escalera, para que bajáramos.—¡Déjame! ¡María de los Angeles, déjame!

Toda la noche fué así. Toda la noche la luna roja nos siguió como una escalera, enganchada a la ventanilla. Desde abajo, desde arriba, venía siempre hasta allí. La seguí viendo durante mucho tiempo como pesadilla, porque había sido en verdad una noche de pesadilla, una noche de desesperación.

Los demás dormían sin saber nada. Pero yo seguía al lado de mi madre, con las manos como anclas, hasta que el cielo claro, arrancó el puente tentador, y llenó todo de mástiles, y de voces.

1897

Era inesperado que tan pronto Jorge y yo, hiciéramos las experiencias del destierro. Pero era más extraño que estuviéramos en los secretos de la guerra. Y, sin embargo, fué así. Los azares se precipitaron de tal modo, que no pudo evitarse. Prácticamente vivíamos en una sala de reuniones. En la antesala habían sido colocados nuestros catres plegadizos, como en un campamento, y alrededor de la mesa de cocina —que era nuestra mesa de comedor— se sentaban los revolucionarios. Ellos estaban allí desde que nos despertábamos hasta que nos dormíamos, y nosotros éramos como los prisioneros de aquel recinto lleno de humo, de terribles silencios, de acaloradas discusiones y de bien madurados planes. Mi padre era un activo dirigente, que tenía en ese momento enfermos graves en la casa, a quienes era imposible dejar un momento. Los otros llegaban como a un asilo, como a una sede. Y nosotros teníamos que mantenernos aislados, y no incomodar. Por eso fuimos haciéndonos revolucionarios.

A la fuerza estábamos atentos a las conversa-

ciones de los que complotaban y manejaban la incesante ciencia de los recursos. Oíamos cuando leían cartas comprometedoras, recién llegadas del ejército; los veíamos escribir artículos, corregir galeras, relatar hechos terribles de batallas, de avances y de retiradas, de cobardías y de degüellos. Los veíamos entrar alegres, porque habían burlado a los espías.

Y así, sin vernos, dejándonos oír, sin darse cuenta de que oíamos, porque era como si no existiéramos, nos hicieron sus cómplices.

En sus breves ausencias, jugábamos con las armas que iban recogiéndose para las nuevas partidas —que llegaban y salían de la casa envueltas en frazadas— y hasta llevadas por nosotros, para que no se sospechara. Jugábamos fielmente —se comprende— a combatir el gobierno, arrastrando sables y llevando al hombro carabinas o pistolas, en ejercicios que nos parecían necesarios.

A veces, sin embargo, las cosas eran distintas. Hubo aún para nosotros, días más amargos. Y ellos llegaban barbudos, desaliñados, adustos, casi cejijuntos. Nos enterábamos de los reveses, de los amigos muertos, de los malos encuentros. Y al anochecer, cuando nos acordábamos, y sus narraciones espeluznantes, me habían dejado miedo en los ojos, yo veía por los rincones sombras ensangrentadas y hombres sin cabezas.

—¿Tú los ves?... Por suerte, Jorge no los veía. Pero hasta que venían a encender, en un ángulo de la enorme sala vacía, el débil pico de

gas, que disiparía la noche, yo seguía creyendo que no estábamos solos. Por eso me tranquilizaban los pesados pasos que se oían en la escalera. Volvería a tener que saber cosas terribles. Pero, con los que llegaban, se iban definitivamente los otros.

Ahora extendían planos sobre la mesa, y yo seguía de nuevo el curso de una guerra imaginaria, aprendiendo la geografía de mi patria, cuando señalaban los ríos por los pasos, los departamentos, por la posición de los ejércitos, las ciudades por su posible resistencia. — Aquí va a producirse el próximo encuentro... Con una hábil retirada, acorralamos a los gubernistas... Será el desquite... Y todavía para todos era un secreto.

Nos dormíamos así, oyendo secretos. Pero sus discusiones nos despertaban, diez veces, veinte veces, cada noche. En aquella lucha de convicciones, de entusiasmos, y de fe, los puños golpeaban la mesa y las voces se alzaban. — No dejamos dormir a estos chiquilines... Y el tono se hacía más cuerdo, más contenido, y, por un momento, dejaban de verse sus gestos grandilocuentes, agigantados en la pared..

Después, el silencio era todavía un silencio de miedo, y, ya empezaba a ser también un silencio de fiebre. Yo me iba enfermando como los demás de la casa. Y en aquel tiempo de sueños de piedra, por mi mente pasaban los ejércitos, y se repetían Cerros Blancos, Tres Arboles y Arbolito, y, en un sobresalto veía avanzar y caer a Chiquito Saravia. ¡Que no lo maten!, gritaba, y me despertaba llorando, porque estaba muerto.

EN LA CALLE

Posiblemente habría subido antes a algún tranvía, pero ya no me acordaba. Ahora recorríamos toda la ciudad a pie. Recorríamos a pie todo Buenos Aires, desde Palermo a la Plaza de Mayo, y de norte a sur. Lo hacíamos con espíritu de exploradores, descubriendo palacios, plazas, vidrieras, tratando de retener los nombres de las calles. Se nos perdía la Merced y el Banco de la Nación, y, de pronto, un hotel nos servía de guía. Y así fué como conocimos Buenos Aires, caminando solos, a la deriva. Pero ese día nos acompañaba Benicia, y recuerdo que insistí en seguir y que luego fué difícil volver. Ella detuvo entonces un tranvía, dijo que estábamos cansados, que no teníamos dinero, y pidió que nos llevaran. Y nos dejaron subir. Era uno de aquellos tranvías cordiales, abiertos, de bancos largos que iban de un lado a otro, al que podía subirse directamente al asiento, y resultó agradable pasear. La tarde luminosa, de luz dorada, primaveral, contribuía a que las calles estuvieran nutridas y alegres. Y era una fiesta verlas desde arriba.

Con la cartera abierta y los boletos en la mano, el buen hombre, de pie, al lado de nuestro banco, en el estribo, conversaba con Benicia. — ¿Perdieron el dinero? Y supo entonces que teníamos que pasear a pie, porque éramos pobres. Y siguieron hablando. Ella debió decirle que estábamos desterrados, complicados en la Revolución.

Si el revisador no subía, podíamos seguir hasta adonde quisiéramos. Habló con el cochero para prevenirle, y, de acuerdo ambos, resolvieron que bajaríamos únicamente cuando fuera necesario. Y otras veces volvimos a subir, porque amablemente nos invitaron a pasear siempre que nos encontraran.

En esta forma nuestros paseos se transformaron. Ya no interesaba tanto mirar las fachadas de los bancos, ni los atrios de las iglesias, ni tampoco mirar vidrieras, ahora seguíamos el recorrido del tranvía, esperándolo. — Por aquí dobla. Y seguíamos la vía... Ellos se reían al vernos, y nos hacían señas, deteniendo el coche. Los pasajeros no se daban cuenta que éramos invitados. Nadie podía suponer que casi era un coche nuestro. Y nos resultaba fastidioso no encontrarlo. ¿Habrá pasado?, decíamos. ¿Será tarde?

¿Por qué no subimos a otro tranvía? Y Benicia intentó hacer lo mismo con otros, que rechazaron. — ¡Pídale a ése que parece bueno! Pero no era bueno, y contestaba que no. Decía que no se podía. Así tuvimos que empezar a mirar los tranvías, como antes lo hiciéramos con los buques y los fe-

rrocarriles. — Ese va al centro... Dice Retiro... Y seguíamos a pie, caminando cansados, mucho más cansados que antes. — ¿Viste, Benicia, cuánta gente subió?... Y seguíamos...

RESIGNACIÓN

—¿No tienes hambre?... — Sí, tenía hambre. Quería comer plantillas y confites plateados. — ¿Y el postre que vimos ayer? — Yo voy a comprar el de la rosa. — ¡Yo quiero el del ángel!

Así hablábamos cuando estábamos de nuevo en casa. Nos acordábamos del perrito lanudo, que estaba siempre en el escaparate, y al que se le daba vuelta la cabeza para comer bombones. Lo mirábamos y lo queríamos. Pero no nos animábamos a preguntar cuánto costaba, aunque un día lo iríamos a comprar. Por ahora estaba en la vidriera. Lo habíamos elegido como los lápices, como los almanaques, y volvíamos a ver si todavía estaba.

Ya casi me había olvidado de mi muñeca de porcelana que un día se había roto al caerse. Tenía un cupé rojo, con dos faroles que se encendían, y caballos que desde arriba, manejaba el cochero. Era mía. Yo la sacaba con cuidado para poder tenerla un momento entre las manos, para tocar su vestido de seda y su peluca blanca. Tenía otros juguetes además, muchos, grandes, lindos. Y ahora

todavía hubiera querido jugar... Pero se habían roto ya las últimas muñecas, las que me habían comprado, cuando se incendió una juguetería. Eran feas. Y Jorge me preguntaba: — ¿Te acuerdas que las caras eran de cartón y que se deshicieron al lavarlas?

Los cuerpos estaban rellenos de paja. Y de las tres, solamente una pudo tener vestido.

Ahora mirábamos las vidrieras. De la confitería, pasábamos a la juguetería. — ¿Vamos a cruzar para mirar la vidriera de enfrente?

Allí estaba mi muñeca. Era la más rubia de todas, la de los ojos más celestes. Y Jorge apartaba para él un caballo negro, con hamaca y riendas coloradas. En cada vidriera algo era nuestro. — Se llevaron tu muñeca, me advertía Jorge, antes de que yo me diera cuenta. Pero en seguida elegía otra, con sombrero de plumas. — ¿Por qué no pides mejor esta muñequita de cara amarilla, que ha de costar poco? Y reflexionando así, dejaba de lado el carro de los bomberos y decía: — Ahora va a ser mía la corneta. — ¿No comprendes que tampoco la vas a tener?... Porque al volver a casa nada decíamos, ya que no se podía pedir nada.

JUEGO FÚNEBRE

Ya la guerra había terminado. Sin embargo, el momento de la transición seguía siendo duro. De vuelta a Montevideo, había que soportar las consecuencias de los meses del destierro que habían desequilibrado la casa. Pero hay edades privilegiadas, en las que aun careciendo de todo, parece que se tiene todo. Yo dormía en el suelo, sin que me importara; no era, pues extraño, que los juguetes no fueran necesarios. Ya ni siquiera había que ir a mirarlos a las vidrieras. Se podía inventar con qué jugar, y para esto bastaba tener papel, goma y tijeras. Hacíamos casas, coches, ciudades. Sólo que, en verdad, el juego lo constituía proyectar y construir; y cuando todo estaba pronto, hecho, había que romper aquello y empezar de nuevo. Así jugamos muchos días, tantos, que parecía ya siempre.

Sin embargo, se presentó una perspectiva nueva, una inesperada posibilidad. La ciudad podía ahora tener un objeto, servir para algo. Ya no iba a ser una ciudad quieta, muerta, sino el marco

de una ceremonia. Desde el balcón habíamos visto pasar el entierro de Diego Lamas, nuestro ídolo de la pasada guerra. Su muerte nos había conmovido, y su entierro imponente, grandioso, fué para nosotros deslumbrante. Jorge y yo teníamos que repetirlo, que rehacerlo. Jugaríamos ahora a evocarlo y a evocar la muerte del ídolo. El juego sería llorarlo. Y quedó resuelto.

Se volvía a levantar igual que antes la ciudad blanca, como de cal. Se volvían a construir pequeños coches abiertos a manera de suntuosos landós, o de ligeras volantas. Pero ahora debían cubrirse totalmente de coronas. Margaritas y siemprevivas, con cintas negras o violetas, llevarían leyendas alusivas. Y en el Cementerio, que era el jardín agregado a la ciudad, podrían decirse, y se decían, discursos. Así la tarde terminaba invariable, con aquel elogio emocionado y verdadero. Era el obligado final. Pero, porque, entre preparativos y ceremonias, el entierro duraba un tiempo relativamente largo, era ya la hora de entrar Benicia a pedir que se tirara toda esa papelería inútil, como ella decía..

—Ya se han divertido bastante. No se puede estar siempre jugando... Y sin darse cuenta de su equivocación, pedía que hiciéramos algo más serio.

Algo más serio era para mí escribir mi diario "La Luna". Pero, ¿qué podría decir, terminada ya la Revolución, sino comentar la muerte de Lamas, y hablar de su pérdida? Creo que nunca tuve otro tema; era la única noticia que había llegado hasta mí, la única que podía dar.

Pero como casi siempre, una vez por semana, teníamos permiso para revolver la casa y deshacer el comedor, ese día, desde la mañana, afanosamente empezábamos a trabajar. —¡Qué suerte; hoy podremos volver a hacer el entierro!

Y con las puertas cerradas se repetía el rito, sin variantes, al son de tambores sordos, como el primer día, y el héroe era recordado con la misma elocuencia emocionada, hasta las lágrimas.

UN ANILLO

Yo estaba enferma hacía mucho tiempo. ¿Cuándo podré salir? —pensaba—. Nunca. Siempre seguía encerrada en un cuarto que era más claro de noche que de día. Era una enfermedad, que se prolongaba por el desacuerdo de los médicos, y a mi alcance, para abreviar el cansancio del mal, no tenía sino las golondrinas pintadas en mi pared, que por suerte eran muchas, y hacían de mi pieza como una pajarera, volando, a causa de la fiebre, en todas direcciones, como si fueran reales. Pero un día llegó un médico nuevo, moderno, audaz, que se impuso a los que discrepaban, resolviendo cauterizarme la garganta.

Mi madre debió hallar que el remedio era cruel, y al llevarme al consultorio, buscaba siempre la manera de aliviar mi dolor. Ya me regalaba un anillo, ya me hacía visitar una casa desocupada. Yo debí decir siempre que adoraba los anillos, y así llegué a tener tres aritos de oro, uno con chispas de diamantes, el segundo con diminutas luces verdes, el otro con gotitas de fuego. En cuanto al

placer de visitar las casas, no era para mí menor. Siempre me había detenido frente a las puertas abiertas, a las ventanas abiertas, para mirar hacia adentro, hacia los patios llenos de sombra, verdes de plantas, como jardines con helechos suspendidos como jaulas de pájaros. Y volvía a casa contenta, ya fuese que trajera una nueva sortija, o que llegara dispuesta a hacer planos y explicar cómo eran las escaleras de mármol.

Pero creo que los anillos me gustaban más. No me los sacaba nunca de miedo a los ladrones.

—Vas a perderlos, me decían, cuando iba a la playa. ¿Cómo podía perderlos si no me los quitaba de los dedos un solo instante?

Mi baño era breve, tal como lo recomendara mi médico, mi salvador. Debía estar en el agua el tiempo de entrar y salir. Y Benicia me hacía cumplir estrictamente la orden. Apenas me llegaba el agua a la cintura, me advertía desde el carrito:
—¡María de los Angeles, ya has estado bastante tiempo!

Y yo volvía, echándome agua para mojarme los hombros. Pero ese día, no la oí o no la quise oír, y salí llorando a gritos, bañada en lágrimas. —¡Mis anillos, Benicia! ¡Se han perdido mis anillos!

No es equivocarse, pensar que fué una verdadera tragedia. La gente preguntaba, amontonándose a mi alrededor, y Benicia explicaba a cada uno, de nuevo, todos los detalles.

—No llores, dijo luego mi madre, al verme llegar tan desesperada, te compraré otros más lindos...

Pero yo quería aquéllos.

—Te compraré otros iguales, terminó por prometerme...

Y sin poderme consolar, empezó a contarme cosas maravillosas, increíbles, de las mareas.

—El mar va a dejar los anillos en la playa y tú los encontrarás. Acuérdate de lo que te digo: mañana vas a traer tus anillos.

Y cansada, tal vez, acabé por creer.

—Jorge, tienes que apurarte, le dije al otro día. Precisamos ir a buscar los anillos.

—¡Oh! ¡Ahora quién sabe dónde están!... Las olas los habrán llevado lejos...

No me importaba, yo los buscaría toda la mañana. Jorge se reía como de una tontería. Se reía sin querer reírse.

—Si el mar los trajera, la arena los taparía, como a las palitas, como a los moldes, que quedan olvidados, ¿no comprendes?... Y no puedes revisar toda la arena, que es tan grande y tan honda...

El intentaba desanimarme. Pero yo prefería no comprender. —¡Vamos!, repetí. Y dije que se hacía tarde, aunque nunca hubiera sido tan temprano.

Fuí segura de que mi madre debía tener razón. ¿Qué podían saber los otros?... Y, al llegar, al entrar al carrito, casi al abrir la puerta, en verdad, aún antes de entrar, encontré mi anillo, colgado en una percha... No era, es cierto, ninguno de los míos. El mar, que se los había llevado, me devolvía ahora éste, con una turquesa y ocho perlitas;

pero que era un anillo de niña, y que estaba allí para mí.

—¡Mamá! entré llamándola a voces; ¡Mamá! ¡Traigo mi anillo!... Tenías razón.

Debió mirarme sorprendida. Pero si me miraba, yo miraba el anillo. No es ninguno de los míos; pero ¿verdad que si me lo ha regalado el mar, ya nadie me lo puede quitar?... ¿No es ahora mío?...

—Sí, me dijo.

—¿Cómo decir que no?... Y fué mío.

UNA NOCHE DE VERANO

Enero daba a la ciudad una gracia de fiesta. Las calles, rebosantes, rientes, transformadas en paseo, atraían aun más que las altas estrellas, que yo podía ver también desde mi balcón. Entrecruzándose, pasaban farándulas, jóvenes, blancas. Y cerca de la fuente, donde *tritones-niños* refrescaban el aire, una música de cobres, encandilaba a su manera, acercando a todos. A un lado, la Catedral permanecía austeramente cerrada; del otro, el Cabildo, con sus portones de hierro, se mantenía a la fuerza apartado; pero desde las casas se seguía el ritmo de afuera con un acompañamiento de abanicos. Yo, desde muy arriba, miraba, queriendo estar con los que volvían tan alegres las noches.

Y acaso, envidiándolos —o para olvidarlos— me asomé un momento del lado de los techos llenos de sombra. No se veían sino techos grises, calles de sueño, dormidas, y la luna vagando anacarada. Ni siquiera llegaba allí la música. Era como si estuviera a una gran distancia, en un gran silencio.

Solamente oía en la sombra frases cortadas. Eran palabras que a veces bajaban desde un mirador, más alto que mi balcón, y que a veces llegaban desde la larga azotea, acercándose y alejándose, y que de pronto se hicieron claras y sin sentido. No podía verse a nadie ni se sabía lo que quería decir. Era una sombra y palabras extrañas, como de sombra.

Mis pupilas se dilataban para ver. Apenas eran gestos... Veía los gestos de un hombre que abría los brazos, los levantaba, y hablaba, diciendo cosas que se me antojaron incoherentes. — ¡En la casa de enfrente hay un loco!, corrí azorada a prevenirle a mi madre.

—Es un poeta, exclamó en seguida, sonriendo.

—No, mamá, es un loco; yo lo oí hablar con la luna y llamarla "señora".

Ella me explicó. Trató de explicarme. A los diez años es muy difícil comprender a un poeta.

Creo que al fin supe qué era hacer versos; pero seguí pensando que aunque fuera poeta tenía que ser loco, y los versos se me ocurrieron absurdos.

Sin embargo, aquella azotea tuvo otro interés. ¿Será ése? decía yo, cuando la luz crepuscular, serena, invitaba a mi vecino a subir. Y preocupadamente lo veía pasearse, con la melena despeinada al viento, y a veces con papeles, en la mano, queriendo que un poeta no fuera un loco. Y sin saber si era el mismo, descubría su sombra en las noches de luna. Pero no era a él, era sólo su sombra la que conocía. Conocía su voz y sus palabras sin sen-

tido, que me hicieron encontrar aquella luna que había descubierto por primera vez sobre los árbolos, y que me había fascinado sobre el mar. Desde mi balcón yo también ahora la miraba, corriendo entre las nubes, mojándose en la bahía, salpicando de plata las claraboyas.

Así conocí la belleza de la noche... La baranda del balcón me quedaba todavía cerca de los hombros.

El, era Julio Herrera y Reissig.

LA SORPRESA DE LA MUERTE

Era un día lleno de luz, y sin embargo Jorge me preguntó, inesperadamente:

—¿Nunca piensas que tienes que morirte?...

A los doce años seguía yo con el espíritu sosegado, sin angustias, como si me defendiera un ángel, sin precisar evadirme de mi pensamiento. Aun vivía y podía vivir, sin horizontes y sin temores. ¿Por qué venía ahora, Jorge, a preocuparme? Y sólo por haberme hablado, me iba a hacer pensar, porque había conseguido que tuviera que saberlo, sin quererlo saber. Y entonces fuera de mí, le dije: — ¡Vete! ¡No me incomodes! Me estás haciendo mal. Pero él se reía, y seguía diciéndome: —Te hablo porque todos tienen que morirse, aunque no quieran pensarlo.

Jorge era bueno, pero tenía un espíritu travieso y se divertía jugando con las cosas trágicas. Estoy seguro de que para él fué una sorpresa mi disgusto. No me habría hablado, si hubiera podido sospechar mi posición. Pero ahora tenía que entretenerse con mi disgusto. Tenía que encon-

trar ridículo mi temor. Y me seguía hablando sin comprender hasta dónde llegaba mi desconcierto y mi desesperación, tal vez creyendo que yo fingía, que a mi vez me burlaba. Y me hablaba mientras me faltaba el piso y me daba vuelta la cabeza, mientras supe por primera vez lo que era vértigo, mientras me sentía empujada al abismo, obligaba a mirar el abismo, a mirar la nada. Me hablaba, sin darse cuenta de que me volvía loca.

—Pero, ¿tú no sabes que todos se mueren?... Vas a morirte como yo, y como todos los de esta casa. Y va a acabarse el mundo también...

¿Por qué me mentía? Ahora sí, sabía que me estaba mintiendo. El mundo no se acababa. Ya lo habían dicho, y no se había acabado. Habíamos ido a la azotea a ver cómo se acababa. Y apareció el cometa con su larga cola blanca, que atravesó el cielo como un arco iris, y el mundo no se acabó. Dijeron que con la cola iba a sacar al mundo de su sitio, y que iba a rodar deshaciéndose contra una estrella. Y era mentira. ¿Por qué ahora, que yo no creía, venía Jorge a asustarme? Pero él decía que era verdad, y que se iba a apagar el sol. Entonces me tapé los oídos. Y él con risa, con asombro, se quedaba, aunque yo no lo oyera. No debía comprender cómo yo ignoraba, cómo podía no haber pensado nunca, ni cómo el problema no existía para mí. Porque era como si hasta entonces, la muerte no existiera.

Y encerrada en mi cuarto, sola, a oscuras, apretándome las sienes, comprendí que desde antes sa-

bía, sin detenerme ante la idea que terriblemente me haría perder la razón. Quise entonces hallar una escapatoria, ceñirme a una esperanza, y creer que no todos debían morir. Sería demasiado injusto que murieran todos, pensé. Morirán algunos, me dije para conformarme; morirán los que no importen. Y admití también que se murieran los viejos. Pero yo era chica. ¡Y yo, que estaba pensando, que estaba viviendo, cómo iba a ser un día menos que un pájaro, menos que el aire, como decía Jorge!

—Se mueren todos, respondió implacablemente, cuando para transar, se lo dije. ¿No te das cuenta que los viejos son los que no se han muerto antes? Y si tú no te mueres pronto, vas a ser vieja también, y vas a morirte más tarde.

Era terrible. Jugando, riéndose, iba envenenando mi pensamiento. Ya nunca más dejaría de saber lo que sabía. Y sus palabras, como un pronóstico fatídico zumbaban en mis oídos: "Después no hay nada"... "Morirse es no ser nada, ni aire"... "Es no ser nada nunca más"...

Hubiera querido poder preguntar a alguien si en verdad, todo era tan definitivo, y no me animaba. Sufría sin hablar, mientras la angustia se enroscaba, cada vez más fuertemente en mi. Trataba de no pensar y seguía pensando. No sabía qué hacer para no pensar.

Al fin, mi madre se dió cuenta. Pero yo no pude decírselo. La miré, y estaba tranquila; vivía sabiendo que iba a morirse, y sin preocuparse. Y

no hablé, porque me dió vergüenza. Pero pasé muchos días, mucho tiempo, esforzándome por no pensar en lo que no tenía remedio. Para mí se había acabado el tiempo plácido, alegre, el tiempo de los días resplandecientes. Ahora la muerte estaba siempre a mi lado, como si estuviera esperando... Y, si Jorge no me hubiera hablado, yo hubiera seguido tranquila, tal vez hasta el día de su muerte...

De tarde, al salir, habría seguido mirando los entierros, con sus carrozas floridas, empenachadas de plumas, bordadas de oro, como antes, sin pensar que no era lindo pasear así. Y ahora sabía que morirse, no era simplemente irse, como de viaje. Y me hacía mal mirar los espléndidos cortejos. Cambiaba de calle para no verlos, como si la muerte se contagiara. Ya para siempre los miraría aterrada. Y Jorge me miraba burlándose, callado. Pero yo sabía lo que quería decirme al fijar en mí los ojos, lo sabía aunque no lo dijera, y enojada, le repetía siempre: —¡Déjame!... Como si él hubiera inventado la muerte.

YO ESTABA SOLA...

Era domingo para los otros. Pero yo, quién sabe por qué, estaba sola en casa, con la criada de guardia, en una casa amplia, que había quedado descuidadamente con la puerta sin llave. Y, mientras hacía mis deberes escolares, vi pasar por el corredor hacia adentro, a un hombre desconocido, que me miró sin importarle, y siguió sin preguntar nada. Unicamente podía ser un loco, pero pensé que había entrado a robar. Toqué el timbre, un largo timbre de auxilio, y le dije a la criada: — Acaba de entrar un ladrón: ¡échelo!... Ella me miró sin creerme. Levantó los hombros, y me contestó yéndose — ¿Cómo va a poder entrar un ladrón? Y mientras volvía a seguir su trabajo, junto a ella insistí, le dije que lo había visto... —¿Oye sus pasos? ¡Está en la azotea! — Habrá venido entonces a arreglar algún teléfono, contestó. Y fué inútil.

Yo no representaba tener trece años, y él era alto, fuerte. Estaba mirando por un pretil, cuando fuí a buscarlo y lo eché. — ¡Esta no es su casa!

¡Váyase en seguida!... Durante un momento el hombre fijó en mí sus ojos. No había hecho nada, ni parecía que iba a hacer nada. No se excusó. Yo seguí mirándolo. Y sin contestarme, bajó y se fué. Recién después comprendí que yo debí haber tenido miedo.

Cuando volvieron todos, ya no se dudó que el hombre tenía que ser loco. Y tuve miedo de que hubiera entrado tan tranquilamente y sin hallar trabas. Sobre todo, tuve miedo porque me imaginé que ahora, en un caso análogo, tendría miedo.

Hasta entonces no tenía conciencia de los peligros. Sólo temía la muerte, cuando volvía a pensar en ella, pero sin temer ninguna de las causas que pudieran provocarla. Era un miedo fuerte y a un tiempo vago, un miedo a algo que vendría quién sabe de dónde. Pero no se me había ocurrido temer el accidente ni pensar en una causa. Había visto —ya hacía tiempo— una mañana, una ola gigantesca, avanzar como una pared hacia la playa. La había visto desde el ventanillo del carrito, y no me había asustado, ni me había sorprendido, ni advertí a mi madre, como si el fenómeno fuera natural. Y, por mi confianza habríamos muerto las dos, si no hubiera sido por una mera casualidad.

Para mí todo estaba encaminado hacia el bien. Los peligros eran casi divertidos. Tenían solamente el placer emocional de lo inesperado. Pero, "tener cuidado" se me hubiera antojado entonces un término absurdo. Sostenía que no podía pasar nunca nada. Era inconsciente. Me acuerdo que

no me alarmé, sino al contrario, hallé que tenía gracia que un día mis caballos se desbocaran y el coche volcase, cayendo en la cuneta de una carretera. No lo tomé por riesgo. Ni tampoco que, la falla de un motor, o del pedal acelerador, o de quien lo manejara, me hicieran ver en los bordes del camino, las casas y los árboles, como una sola línea negra. Y cuando una espesa niebla detuvo nuestro barco en pleno mar, en medio de los preocupados pasajeros, yo me consideraba dichosa escuchando la misteriosa, prudente campana, que reemplazaba los faros en la noche ciega.

Pero ahora tendría miedo. Ya para siempre tendría que tener miedo. Y además, sabía que había que tenerle miedo al miedo.

No era solamente un temor al hecho casual, pero real, inesperado y cierto, sino que iba siendo un miedo a todo, a lo posible, y a lo imaginario. Temía estar sola, y aun más, no estar sola, cuando sabía que lo estaba. Desde un rincón, de atrás de una cortina, alguien podría estar en acecho, mirándome sin que yo supiera. Me aterró la oscuridad, que no me dejaba ver quién estaba; pero la temí más desesperadamente, porque esa oscuridad podía ser sólo para mí, para mis ojos, que de pronto no vieran. Y se fueron cerrando, como puertos, los momentos de absoluta confianza. Se iba haciendo a mi alrededor como una red de preocupaciones. Aquel hombre, al entrar, había despertado en mí, un miedo interior, el miedo a mí, a la impresión que iba a recibir, como un miedo al desconcierto de una

sorpresa, a mi reacción. Se irguieron imaginarios peligros: los hombres, las bestias, la noche, la soledad, las alturas, la velocidad, el abismo. Y yo no había sido nunca miedosa... Fué como una locura y también un miedo a la locura.

ÁGATA

Aunque Ágata no era mi tía, así la llamábamos. Su familia era amiga de mi familia, y el título debía ser consecuencia del recíproco afecto. Pero me pareció que se le tenía más lástima que cariño, o como un cariño piadoso. ¡Pobre Ágata! oía decir siempre, aunque no me preocupaba saber entonces por qué. Ella me miraba con indiferencia y yo casi no la miraba. Cuando yo pasaba, la veía como en las nubes. Era alta, y no tenía interés en bajar los ojos hasta mí. Sin embargo, un día me dijo: "Después, cuando seas grande, vas a ser bonita"... Yo era fea. Nunca nadie había pensado otra cosa, ni había pronosticado un cambio. Y ella, como un hada, me regalaba la deseada ilusión. Desde ese momento Ágata adquirió para mí el extraordinario poder de transformar las cosas. Empecé a admirarla, y luego también a quererla. Era justo que estuviera agradecida a quien iba a embellecerme, y a su vez se embelleció para mí. Tal vez, porque no me había detenido a mirarla, recién sabía que era hermosa. Pero todos seguían compadeciéndola: ¡Pobre Ágata!

Tenía el cabello rojo, encendido, como de fuego, el rostro pálido, y una voz amortiguada, que hablaba solamente de cosas dulces y amables, y de amor. — ¿Vamos a visitar a Ágata, esta tarde?

Recibía en su salita de tapices claros, con las cortinas corridas y el piano abierto. Estaba ya esperando, sentada en el mismo sillón, al lado de una lámpara rosa, prendida aún con sol, que daba al ambiente un tono íntimo y concentraba en su cabello un reflejo de oro. Para mí era un cuadro. Y la vi siempre igual, siempre con la misma decoración, de negro desde el cuello a los pies, con las manos friolentas escondidas en un manguito. Y cuando nos íbamos seguía así, sin levantarse, inmóvil. Pero hablaba con mi madre de cosas lejanas, llenas de gracia y de encanto. "¿Te acuerdas?"... Era una conversación de recuerdos.

Yo quería siempre ir a verla, y a veces iba sola. Entonces Ágata me hablaba de amor, de amores inverosímiles y eternos. Con su voz marchita, apagada, como de flor que hubiera quedado marcando un poema en un libro, relataba sin querer, su vida de heroína, a la que nunca nadie había dejado de amar.

¿Cómo no alegrarme entonces de pasar unos días con ella?

De noche iríamos a ver nacer la luna entre los troncos bajos, como una enorme moneda que saliera de la tierra. Sorprenderíamos las estrellas fugaces, que otorgan lo que se les pide. Veríamos la quinta dormida, y las altas copas de los ár-

boles, subiendo en la oscuridad hasta tocar el cielo.

Y, después de comer —yo sola en el gran comedor y ella sola en su salita— paseamos por los caminos, con veredas de raíces, y techos de hojas. Solamente se oían voces en la oscuridad, voces que solamente ella conocía. Pero yo también adivinaba saludos y alas de murciélagos que huían.

A veces, golpeándose en las piedras, pesadamente pasaba una carreta balanceando una vela, rumbo al mercado, cargada de frutas de tinta. Pero volvía a apretarse el silencio. Y llegábamos hasta el arroyo, ella toda de blanco, como una novia, y yo a su lado, sin que nadie me viera. Ibamos a sentarnos al banco de los sauces. Y en aquella media hora me hacía confidencias... Aun amaba a su primer novio... Otros también la amaban, pero no le importaba...

Yo la oía como evocándola. La miraba evocándola. Y la admiraba cuando su cabello rubio brillaba al pasar debajo de cada farol.

Nunca la pude ver sino en la penumbra de su salita o en la noche de los caminos. Y para mí podía seguir teniendo veinte años... Es verdad que podía haberla visto algún día en la quinta. Pero estaba prohibido encontrarla. A la hora en que Venus prende su luz en un cielo verde, Agata, ya de blanco, con un ramo de azaleas en las manos, estaba cerca de la verja de hiedra, esperando... Pero nadie podía verla. La quinta, abandonada por un momento, con la casa cerrada, con el portón cerrado, permanecía silenciosa hasta que ella des-

aparecía... Ni siquiera podía cruzarla su jardinero para abrir o cerrar los grifos de agua. Ni nadie se hubiera animado a atender el más repetido llamado de campana.

¿Por qué, bruscamente, la sorprendí? Fué casi una tragedia. —¿Qué has venido a hacer?... Yo no sabía. Pero vi sus ojos de odio, y oí, ronca, dura, su voz que nunca me iba a perdonar. De cerca, con la luz de afuera, Ágata tenía en verdad cincuenta años. Ya no podría oírla, como antes. La había visto. Y había visto también que un joven a caballo, su vecino, había pasado, y la saludaba, sin dejar de galopar. Por eso, ya nunca más me animé a acompañarla por los caminos. Nunca más hubiera podido acercarme a las aguas del arroyo. Tal vez no habría vuelto.

MIS LIBROS

—¿Qué estás leyendo María de los Angeles?...

Eran páginas sueltas, sin coherencia.

—No leo. Estoy mirando, contestaba en seguida, confusa, sabiendo que hubiera sido grave que leyera. Además, apenas me asomaba a los libros. Sólo tenía tiempo de buscar con avidez de qué se trataba.

Posiblemente, no era yo la única que no leía. Contribuía a que sobre mí pesara tan rígida censura, mi edad, la época, y los prejuicios de un sector social. ¡Desgraciada de mí si hubiera tenido una vocación!... Por suerte, quería leer por curiosidad, sin fin alguno. Y por eso me atraía un libro negro con letras doradas: "Confesiones".

—¡No leas!

A la fuerza tenían que interesarme entonces los patriarcas, los griegos, los adelantados, los patriotas. Y estudiaba. Buscaba así la acción, la vida. Era cuando mi padre, para que amara la naturaleza, me leía en alta voz pasajes de Reclus, que me daban sueño.

No me quedaba otro recurso que leer de pie, al lado de su biblioteca, pronta a restituir el volumen apenas se presentara una sospecha de alarma. Con los ojos cerrados habría podido ir a los anaqueles, pero asimismo muchas veces mi libro no estaba, y casi siempre era difícil encontrar donde había interrumpido la lectura.

Fué entonces cuando una vecinita más pizpireta, me propuso que leyéramos juntas "Pablo y Virginia" que, con subterfugios, ella había conseguido.

—¿No te gustaría haber muerto como Virginia? me preguntaba después. Ella era romántica, y hubiera querido haber muerto. Pero yo encontraba estúpido el naufragio. Y Bernardin de Saint Pierre era para mí tan aburrido como Reclus.

Tal vez por eso Dumas me resultó apasionante. Durante tres meses leí "El Conde de Montecristo" con sostenido interés. Y no podía conformarme con no poder seguir leyendo, ni podía admitir, entonces menos que nunca, que las bibliotecas volvieran a cerrarse para mí. Sin embargo llegué a poder leer tardes enteras sin que nadie me molestara, sin ser descubierta, y sin que se sospechase.

Fué durante una temporada que pasamos en una quinta del Paso de las Duranas. Todavía, al pasar, veo sus sombrías araucarias y sus glorietas perfumadas y graciosas, como las de un paraíso. Al pasar, pienso que aun deben recogerse rosas grandes como ramos. Quiero creer que el amplio patio, ha de seguir, como antes, techado de uvas. Allí está mi ventana baja, ancha, y siempre cerrada, Si se

pudiera abrir, acaso se encontraría la salita adonde yo leía. Sus sillones de terciopelo guinda, sus cortinas iguales; su espesa alfombra, hacían insoportable el ambiente y daban fiebre en aquel verano sofocante. Por eso, no entraba nadie. Era como un brasero. Y yo pasaba allí las tardes, porque tenía a mi disposición un bargueño con los cajones abiertos, repletos de libros, que ni siquiera había que poner en su sitio, porque estaban confundidos, sin orden, prontos para pasar por mis manos, para pasar por mis ojos. Allí leí a Homero y a Byron; me entusiasmaron "Las Noches" y "Las Sonatas"; salté de Virgilio a Beaudelaire, me extasié con "Las Golondrinas", y pasando y repasando espacios iba de Wilde a Goethe, o de D'Annunzio a Bourget, hasta que fuí sorprendida con "Humo" en las manos.

Una de mis primas lo había leído. — ¿Cómo termina? le preguntaba ansiosamente.

—No puedo decirte, contestaba.

Ni tampoco podía prestármelo. — Es muy delicado... Temía comprometerse o proceder mal. Y pidió consejo a su hermano. Este era joven, inteligente y mundano; pero yo era chica, y tomando entonces a risa mi empeño, sostuvo a modo de sentencia, que a mi edad no se debía leer sino el Libro de Misa y "Los Novios" de Manzoni.

Quedé desconcertada, y ante el severo concepto que cerraba aún más aquel círculo de hierro, continúe leyendo como antes, a escondidas y como pecando...

UN CAMINO

Debía ser para mí un momento decisivo, porque empezaban a oprimirme los límites. No adivinaba por qué. No sabía por qué mi espíritu buscaba altura, ni qué significaba esa ansia de transporte y de misterio. Pero soñaba con una revelación. Me mareaba el infinito, aunque apenas me asomara a sus flancos, y me embriagaba el desbordante cielo estrellado. Tal vez fuera únicamente poesía, nada más que poesía. Pero pienso en una hora maravillosa de altura y de abismos, de ideas de purificación, en las que me inquietaba, atrayéndome, lo insondable, y empezaba a creer en el goce de estar de rodillas. Era un sentimiento emocionado, vivísimo, y un ambicioso pensamiento que quería el éxtasis. Fué cuando llegué a la Iglesia, cuando me acerqué al altar. Y calladamente, buscaba como el privilegio de una gracia total. Por eso pienso en el despertar del espíritu.

Era un deseo orgulloso de subir. Pero las alas pesadas que le daba mi pensamiento me dejaban clavada en la tierra. Seguía sin poder huír de

las cosas, sin poder evadirme del mundo, que me distraía y no me dejaba ver ni oír lo que yo buscaba, rodeándome siempre, colmando las pequeñas capillas, y apiñándose en las grandes catedrales. No sé si era misticismo, o solamente un deseo de misticismo. Porque en mi torpeza, en mi inocencia, sentía el problema divino como un problema de soledad. Debía ser una ilusión huraña. Anhelaba y soñaba un recogimiento insolito, singular, que se haría polvo, antes de ser planteado, casi al ser entrevisto. Y además, yo era indecisa y tímida, y solamente podía desear, soñar, y nada más. Ni siquiera podía dar el primer paso, que era para mí asistir a la misa del alba. Se lo había pedido a Benicia, y ella, creyendo acaso excederse, me llamaba a las nueve, a las ocho, a las siete. Yo pensaba como en una prueba definitiva, como en un comienzo. Pero ella, sin darse cuenta, tal vez ignorando, ponía plazos en mi camino. Porque, si en verdad, me bastaba respirar incienso para estar casi en trance de desmayarme, aquel ideal místico, en el que yo cifraba todo, precisaba recursos, ayuda, algo que me sacara de mi realidad sencilla, casi replegada, y sumisa.

Y nadie supo nunca lo que pensaba ni que ese camino era mi secreto. ¿Cómo decírselo a mi madre? Como antes, preparaba mi vestido de pana para hacer con ella las estaciones de Jueves Santo. Ella no sabía que la vía dolorosa se transformaba por la fuerza de aquella exaltación, en un goce. Pero como antes, como siempre, cuando mis hermanos

regresaban de sus excursiones de caza, oía alegremente los episodios de las cabalgatas por la playa, o de los amaneceres en el bosque, y me sentía ampliamente compensada, describiendo a mi vez las visitas a los túmulos enlutados, y les hablaba del cuadro de Leonardo, de las piras de cirios, o de las multitudes prosternadas, que ellos no veían. Pero callaba mi sueño y mi esperanza. ¿Para qué hablar de lo que nadie iba a comprender y que ya iba siendo imposible? Precisaba una soledad que no existía. Y, ¿a quién entre todos, explicar, que dentro de mí, para elevarme, para purificarme, para sentir la fe hondamente y para que todo en mi fuera armonía y paz, tenía que seguir un camino de soledad?...

Aun me veo, a la hora de la última estación, en una tarde gris, ya otoñal, frente a una iglesia cerrada. — Vamos, decía mi madre. Otras iglesias quedaban cerca. Pero yo seguía allí, lamentándome ante la puerta hermética. —¡Vamos!, repetía mi madre. Tal vez se nos iba a hacer tarde. Y la iglesia continuaba hermética. No se abriría, porque ya era tarde, cuando un sacerdote, que rezaba su breviario, oyéndonos, se ofreció a hacernos entrar. Naturalmente que mi madre rehusó. Tenía que rehusar; y yo sin pensar, insistía... Pasamos por salones retintos de sombra, y se abrieron y se cerraron cerrojos, y retumbaban puertas.

Y así, al fin, sin esperarla, encontré mi soledad. Oré emocionada, agradecida, segura, entre enormes bloques de sombra, con un débil candil apagándose junto a una imagen.

No puedo decir más. Además, el tiempo ha dejado capas de niebla sobre el recuerdo. Pero presiento que debí soñar con más intensidad en una vida de reclusión, que debí sentirme predestinada.

Tal vez supe lo que era estar lejos del mundo. Y fueron los pasos de mi madre, me acuerdo, los que me obligaron a volver.

Las mismas puertas que, inesperadamente se abrieron en mi camino, tuvieron que cerrarse.

Si mi corazón latió más violentamente, mi inteligencia era vacilante, y mi voluntad era de arcilla. Fué un solo, breve y supremo momento.

Pero asimismo la campana del alba siguió siendo para mí una voz persistente. Sólo que siguió siendo una voz lejana, siempre lejana, como un llamado lejano...

INDICE

OBRAS DE LA AUTORA:

1931. — MIS CUARTOS DE HORA. — (Inédita).

1934. — A MEDIA VOZ. (Editorial Alfar). — Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1938. — ENTRE LINEAS. — Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1940. — CRISTALIZACIONES. — Premio de Honor en el Concurso de la Biblioteca de Matanzas. Cuba.

1943. — REYLES (Biblioteca de Cultura Uruguaya). Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1944. — ANTOLOGIA DE POETAS ARMENIOS. — (Aprobada y editada por el Centro de Estudios Armenios del Uruguay).

1948. — VARELA. EL REFORMADOR. — (Segundo Premio en el Concurso de Biografías de José Pedro Varela. 1946. Dirección de Instrucción Primaria y Normal.

1948. — CONTRALUZ.

Este libro se terminó
de imprimir
el día 30 de diciembre de 1948
en los Talleres Gráficos Gaceta Comercial
Plaza Independencia, 717
Montevideo